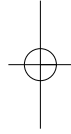
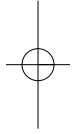


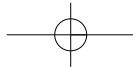
Nancy Mitford

La bendición

Traducción de Milena Busquets



Libros del Asteroide 



Primera edición, 2008
Título original: *The Blessing*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1951 by Nancy Mitford
All rights reserved

© de la traducción, Milena Busquets, 2008
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

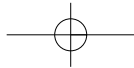
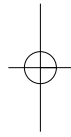
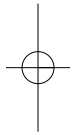
Fotografía de cubierta: Chaloner Woods / Getty Images

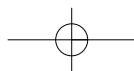
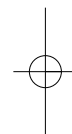
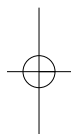
Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santa Magdalena Sofia, 4, bajos
08034 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-935914-4-1
Depósito legal: B. 8.354-2008
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño colección y cubierta: Enric Jardí

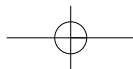
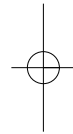
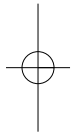
Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

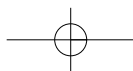
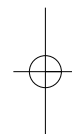
A Evelyn Waugh





PRIMERA PARTE





1

—Me parece que el caballero extranjero tiene muchísima prisa, querida.

Y, efectivamente, en la casa de Queen Anne's Gate —que era bastante grande, lo que solía llamarse una casa familiar— retumbaba la impaciencia. Alguien daba ruidosas pisadas, movía muebles, abría y cerraba de golpe las ventanas y carraspeaba de forma exagerada.

—¡Ejem!, ¡ejem!

—Nanny, ¿cuánto rato hace que está aquí?

—Yo diría que casi una hora. Se ha entretenido un rato tocando el piano rápida y estrepitosamente. En cuanto John ha ido a decirle que habías llegado y que le recibirías enseguida, ha empezado este escándalo.

—Ve tú, querida, y dile que espere un momento mientras me quito estos pantalones —le pidió Grace mientras se limpiaba vigorosamente el cuello con un pedazo de algodón—. Cuánta mugre. Lo que necesito es un baño.

La puerta del salón se abrió de golpe.

—¿Me va a recibir sí o no?

No había duda de que era una voz extranjera.

12 NANCY MITFORD

—Está bien, de acuerdo. Ahora mismo bajo —miró a Nanny riendo y añadió—: Acabará hundiendo el suelo, como Rumpelstiltskin.

Pero Nanny dijo:

—Querida, ponte un vestido, no puedes bajar así.

—¿Prefiere que suba yo? —preguntó la voz

—No, no, ya voy.

Y Grace bajó corriendo, sin haber podido cambiarse los pantalones de la A.R.P., organización que se ocupaba de prevenir y ayudar en caso de bombardeos. El francés, alto, moreno y elegante, llevaba el uniforme de las fuerzas aéreas francesas y estaba de pie en el rellano de la escalera, con las dos manos sobre la delicada barandilla de madera. Parecía a punto de arrancarla. Cuando vio a Grace, lanzó un suspiro, como si su apariencia fuese una agradable sorpresa, y preguntó:

—¿Es un uniforme? No está mal. ¿Recibió mi nota?

—Hace un momento —dijo Grace—. He estado en la A.R.P todo el día.

Entraron en el salón.

—Su letra es muy difícil de entender. Seguía intentando descifrarla cuando he oído todo ese jaleo... parecía la Revolución francesa. Debe de ser usted un hombre muy impaciente.

—No. Pero no me gusta que me hagan esperar, aunque tengo que confesar que este salón da más satisfacciones que la mayoría.

—No le hubiese hecho esperar de haber sabido un poco antes que... ¿Por qué no...?

Él había dejado de escucharla, estaba mirando los cuadros colgados en la pared.

—Me encanta este Oliver. ¿Por qué no me lo regala?

—Porque es de papá.

—Ah sí, claro. Sir Conrad. Es muy conocido en Oriente Medio, pero supongo que eso usted ya lo sabe. La Comisión Allingham, ¡ah, el muy astuto de sir Conrad! Después de eso, está en deuda con mi país.

Dio media vuelta, miró a Grace como si ella misma fuese un cuadro y dijo:

—Natoire o Rosalba. A usted podría haberla pintado tanto el uno como la otra. Bueno, ya veremos, el tiempo lo dirá.

—Papá adora Francia.

—Seguro. Los ingleses que adoran Francia son siempre los peores.

—¿Los peores?

—Los hombres acaban matando lo que más aman, ¿sabe? Bueno, olvídelo.

—¿Viene de El Cairo? —se interesó ella—. Creo que en su carta ponía algo de El Cairo y de Hughie. ¿Le ha visto?

—He visto al prometido.

—¿Me trae noticias tuyas?

—Buenas noticias o, lo que es lo mismo, ninguna noticia. ¿Por qué pone Drouais en ese cuadro?

—Porque será de Drouais, supongo —respondió Grace con la más absoluta indiferencia; había crecido rodeada de objetos hermosos y apenas les prestaba atención.

—¿Ah, sí? ¿Qué le hace pensar eso?

—¿Es usted marchante de arte?

—Coleccionista.

—Dijo que traía novedades. Naturalmente, creí que ésa era la razón de su visita, contármelas.

—¿Tiene chocolate con leche?

—No, estoy segura de que no.

—Bueno, olvídelo.

—¿Le apetece un cóctel o una copa de jerez?